





*Montpensier,  
biografía de una obsesión*



José Carlos García Rodríguez

*Montpensier,*  
*biografía de una obsesión*

Prólogo

Ricardo Mateos y Sáinz de Medrano



ALMUZARA

2015

© JOSÉ CARLOS GARCÍA RODRÍGUEZ, 2015  
© EDITORIAL ALMUZARA, S.L., 2015

Fotografías: Colección del autor; Biblioteca Nacional de España (Madrid); Palacio de Versalles (París); Colección H. W. Blunt, Bethesda, Maryland (EUA); Ayuntamiento de Sevilla; Colección y Archivo de los Descendientes de los Duques de Montpensier; Musée de la Légion d'Honneur et des Ordres de Chevaliere, París; Congreso de los Diputados; Archives Nationales, París; Litografías para *La Ilustración Española y Americana*; Museo de Cádiz; Real Maestranza de Caballería de Sevilla; Museo del Prado, Madrid; Museo Carmen Thyssen, Málaga; Museo Nacional del Romanticismo, Madrid; Universidad de Navarra (Pamplona); Bibliothèque Nationale de France, París; Palacio del Senado, Madrid; Periódico republicano *La Flaca*; N. Y. Public Library, Nueva York; *L'illustration*, París; Museo Palazzo Rosso, Génova, Italia; Biblioteca d'Arte e di Storia San Giorgio Poggiale, Bolonia, Italia; Archivo de la familia Cologan, Las Palmas de Gran Canaria.

*Primera edición: febrero de 2015*

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.»

EDITORIAL ALMUZARA • Colección MEMORIAS Y BIOGRAFÍAS  
Director editorial: ANTONIO E. CUESTA LÓPEZ  
Editor: DAVID GONZÁLEZ ROMERO  
www.editorialalmuzara.com  
pedidos@editorialalmuzara.com - info@editorialalmuzara.com

Diseño y preimpresión: EQUIPO ALMUZARA  
Maquetación y corrección: DECULTURAS, S. COOP. AND.  
Impresión: GRÁFICAS LA PAZ

I.S.B.N: 978-84-16392-00-1  
DEPÓSITO LEGAL: CO-266-2015  
IBIC: BG

Hecho e impreso en España - *Made and printed in Spain*

*Vino a España con la idea de reinar y de ser un modelo de soberano. La historia no dio lugar a ello, siendo esta la gran desgracia que amargó su vida.*

Ana de Sagrera: «La reina Mercedes».



*A la memoria de mi hermano Francisco Javier.  
A mi hijo Gonzalo García De Bock.*



# ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS .....	13
PRÓLOGO.....	15
I MADRID, 4 DE FEBRERO DE 1890 .....	19
II MONTPENSIER, EL BENJAMÍN DE LUIS FELIPE DE ORLEANS .....	23
III INFANCIA Y JUVENTUD DEL DUQUE DE MONTPENSIER.....	35
IV EL ESPINOSO ASUNTO DE LOS «MATRIMONIOS ESPAÑOLES».....	49
V SAN TELMO, LA CORTE ALTERNATIVA.....	77
VI LA FORJA DE UNA IMAGEN REGIA.....	127
VII CONSPIRACIONES JUNTO AL GUADALQUIVIR. EL EXILIO EN LISBOA .....	151
VIII EL TRIUNFO DE «LA GLORIOSA». LA COMPLICADA CANDIDATURA DE MONTPENSIER AL TRONO DE ESPAÑA .....	177
IX DUELO ENTRE INFANTES. EL DESAFÍO QUE COSTÓ UNA CORONA .....	197
X EL ASESINATO DE PRIM. MONTPENSIER EN LA CAUSA 306/1870 .....	241
XI MONTPENSIER Y LA RESTAURACIÓN BORBÓNICA .....	261
XII LA REINA MERCEDES, UNA PRINCESA ORLEANS EN EL TRONO DE ESPAÑA .....	279
XIII EL LEGADO DE MARÍA BRIGNOLE. MONTPENSIER, DUQUE DE GALLIERA.....	301

XIV	LOS ÚLTIMOS AÑOS .....	315
	EPÍLOGO: EL FINAL DE UN CONSPIRADOR .....	341
	NOTAS .....	349
	GENEALOGÍA DEL DUQUE DE MONTPENSIER .....	357
	ANEXOS DOCUMENTALES .....	361
	Anexo documental I .....	363
	Anexo documental II .....	371
	Anexo documental III .....	375
	FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA .....	381
	ÍNDICE ONOMÁSTICO .....	387

## AGRADECIMIENTOS

*Muchas son las deudas de gratitud contraídas durante los dos años que, salvo algunas interrupciones, he dedicado a la elaboración de este libro. En primer lugar, he de manifestar mi reconocimiento a doña Beatriz de Orleans-Borbón, descendiente directa del duque de Montpensier, por su alabanza a la imparcialidad que encontró en el manuscrito de esta obra en el que, además, me confesó haber descubierto al Antonio de Orleans formado en su entendimiento.*

*Son muy de agradecer las atenciones recibidas en los archivos repetidamente consultados (Histórico Nacional, General de Palacio y General Militar de Segovia), así como en la Biblioteca Nacional y la Hemeroteca Municipal de Madrid. Quede aquí constancia de reconocimiento a sus competentes y amables funcionarios. Al igual que a Daniela Schiavina, bibliotecaria conservadora de la Biblioteca d'Arte e di Storia San Giorgio in Poggiale, y a los escritores Giancarlo Roversi y Guido Moretti, por la documentación gráfica aportada y por sus valiosísimas informaciones sobre la historia del ducado boloñés de Galliera.*

*A José Antonio López Fernández, Francisco Pérez García y María José Gómez Santiago he de agradecerles el aporte de la visión de tres lectores de Historia no especialistas. A los profesores Pilar Valverde Arias y José María Hermoso Rivero les agradezco sus críticas benevolentes y sus parabienes.*

*Especial es el reconocimiento que debo a Ricardo Mateos y Sáinz de Medrano por su amistad, sus impagables puntualizaciones y por tanta generosidad expresada en el Prólogo de este libro.*

*Y, por último, conste mi agradecimiento a David González Romero, cuya profesionalidad y esfuerzo han sido fundamentales para afrontar la edición de este mi primer proyecto editorial en Almuzara.*



## PRÓLOGO

Probablemente nadie más cualificado que mi buen amigo José Carlos García Rodríguez, un sanluqueño de pro cuyos primeros y brumosos recuerdos están vinculados a la imagen señera del infante don Alfonso de Orleans, para escribir esta biografía del duque de Montpensier que fue abuelo de ese infante y personaje singularísimo de la historia de España, cuya inequívoca impronta se deja percibir aquí y allá en ese importante eje Sevilla-Sanlúcar tan caro a aquel príncipe francés de vocación netamente española que fue Antonio de Orleans, duque de Montpensier e hijo menor del rey Luis Felipe de los Franceses. Porque José Carlos ha sabido captar la rica personalidad de don Antonio de Orleans, y la ha sabido plasmar sin estridencias, sin *parti pris*, y sobre todo lejos de los tópicos maniqueos del duque naranjero, el ambicioso intrigante sin escrúpulos o el hacedor de una fortuna por un mero deseo de lucro personal.

José Carlos García Rodríguez ha sabido devolver al personaje su propia grandeza, y lo ha hecho desde la debida distancia, sin afectos ni prejuicios, y buscando la esencia de este príncipe francés que dejó su corazón en España sin por ello perder un ápice de ese europeísmo de las grandes figuras de las dinastías del siglo XIX. Porque Montpensier no solamente puso a Sanlúcar en el mapa de Europa (hasta la reina Victoria de Inglaterra conocía de la existencia de tan pequeño enclave *au bout du monde*), sino que también contribuyó a dar brillo y realce a la ciudad de Sevilla, trajo consigo las reminiscencias de un arte arabizante hijo de su pasión por la

cultura del norte de África, fue ejemplo de gestión de sus innumerables bienes entre la laxa aristocracia española, y tuvo una idea de España que fue más allá de sus propios intereses, así como la inteligencia de forjarse una imagen regia exenta de los atavismos y las pacatas limitaciones de la realeza de su tiempo. En suma un príncipe muy completo con una dimensión política propia, aquí muy bien trabajada, que representa ese aburguesamiento de la clase regia en el siglo XIX, y cuya vida aspiró al progreso, la industria, el mecenazgo propio de los grandes príncipes, y la modernización de la atrasada España de la época isabelina.

He aquí pues un libro hermoso de título rotundo, «biografía de una obsesión», que viene a llenar una imperdonable laguna en la historiografía biográfica hispana, que durante un siglo y medio siempre ha mirado de soslayo a este duque de Montpensier sin el cual, sin embargo, no pueden entenderse ni la historia de la ciudad de Sevilla, ni la de ese triángulo Sanlúcar-Rota-Chipiona de la costa gaditana, ni tan siquiera el desarrollo del devenir político del reinado de Isabel II, por no mencionar la historia pequeña y grande de la casa de Borbón de España en los dos últimos siglos. Una obra de lenguaje sencillo, rico y directo, trabajada con pasión pero sin miopía, sin apegos incómodos, y con las fuentes en el centro del relato: los documentos de archivo, las cartas, la literatura, y la propia prensa de la época, todo ello sobre el telón de fondo del amplio conocimiento del propio autor a quien ni se le escapa la necesidad de bucear con profundidad en las circunstancias que rodearon el asesinato del general Prim (aquí muy bien desveladas), ni tampoco la influencia de las importantes redes de parentesco en la vida de Montpensier, ni la fundamental influencia sobre su persona y sobre su psicología del complejo proceso revolucionario francés con su rosario de exilios y privaciones para los Orleans, o el espíritu industrial y abiertamente liberal de la casa de Orleans en el marco de un siglo XIX seducido por la idea del progreso a través de la regeneración política, de los principios beatíficos de la burguesía, del desarrollo de la industria, el arte y de la ciencia, y de los valores de la familia.

Una obra que viene a sumarse a la ya larga trayectoria históri-

## Prólogo

co literaria de José Carlos, que ya retrató con respeto a ese difícil personaje que fue el infante don Luis Fernando de Orleans, nieto de este duque francés hecho a las tierras andaluzas, y que en el pasado ha explorado con acierto y con buen tino a numerosos personajes de la pequeña historia sanluqueña como un Pedro Badanelli que ya forma parte de la historia de Argentina, artistas como Francisco Pacheco o Turina, y ha desgranado interesantes estudios sobre la Semana Trágica de Barcelona o el famoso asunto del *Straperlo*. Bienvenido por tanto este libro que rescata y reubica a Antonio de Orleans en el lugar que le corresponde en nuestra historia, pues los ecos de su singular personalidad también se asoman en los genes de Felipe VI que en su sangre aún a ese par de personajes irrepetibles que dieron forma al siglo XIX español: la reina Isabel II y Antonio de Orleans.

RICARDO MATEOS Y SÁINZ DE MEDRANO



# I

## MADRID, 4 DE FEBRERO DE 1890

El invierno de 1890 sería recordado en Madrid más que por su crudeza por los estragos que la epidemia de gripe había causado entre la población. El número de afectados por el trancazo fue tan elevado que el consejo de administración del Monte de Piedad acordó devolver gratuitamente todas las mantas de cama empeñadas por los madrileños. Cuando el mal remitió al finalizar el mes de enero, la corte empezó a recuperar el pulso y a normalizar su ritmo de vida.

El martes 4 de febrero había transcurrido muy templado, con una temperatura inapropiada para la fecha. El Teatro Real, escenario donde la aristocracia y la burguesía ennoblecida por la Restauración se recrean autocomplacidas y satisfechas, luce de forma extraordinaria en la noche de este día. La reciente y celebrada iluminación eléctrica debida al proyecto de José Casas Barbosa realza el magnífico aspecto del regio coliseo. En la sala, rebosante de un público selecto, y en los palcos, donde se maquinó hasta la saciedad contra la corona en etapas no muy lejanas, hay gran expectación. En la función de esta noche, la número 62 de abono, se espera con impaciencia la llegada de la familia real que ha resuelto reanudar su asistencia a la temporada de ópera después de la enfermedad de Alfonso XIII que tanto ha inquietado a los españoles desde las Navidades.

Un sentimiento general de pesadumbre y de cariñosa adhesión se expandió por todo el país al trascender la noticia, sigilada en principio, sobre el estado de salud del rey niño. La preocupación había

llegado a tal punto que el Gobierno consideró indispensable constituirse en Consejo permanente por lo que pudiese ocurrir. Y hasta hubo algún corresponsal de prensa —«todas las madres lloran la desgracia de la reina regente», pudo leerse en el diario suizo *La Liberté*—, que telegrafió a su redacción dando por moribundo al joven monarca. Afortunadamente, la situación no había sido tan apurada ni mucho menos. Por lo que después pudo saberse fue un falso diagnóstico de meningitis lo que había provocado la alarma. Sin embargo, no faltaron ni solemnes tedeums ni misas de acción de gracias por el restablecimiento de la salud del pequeño rey que había padecido los efectos de la gripe como una gran parte de los madrileños.

A las ocho y media, cuando está a punto de alzarse el telón, hace su entrada en el Real doña María Cristina de Habsburgo. La reina regente llega acompañada por doña Isabel II y por la infanta Isabel, la popular *Chata*. Las tres, reconocidas melómanas, se disponen a disfrutar de *La sonnambula*, la obra de Vincenzo Bellini considerada como una de las cumbres del *bel canto* romántico italiano al que el público madrileño es tan aficionado. Apenas entran en el antepalco regio y cuando empiezan a despojarse de sus abrigos suena el teléfono que comunica con Palacio de donde acaban de llegar. Acude al aparato la infanta Isabel, preguntando qué ocurre. El funcionario de la casa real que ha hecho la llamada contesta:

—Necesito hablar con el mayordomo mayor de su majestad el señor duque de Medina Sidonia.

La infanta, alarmada y temiendo que el rey hubiese vuelto a sentirse enfermo, replica con viveza:

—Lo que ocurre, dígamelo usted a mí.

El empleado de Palacio, obediente, da cuenta a *la Chata* de un telegrama recibido de Sanlúcar de Barrameda que anuncia el fallecimiento de Antonio de Orleans, duque de Montpensier. El funcionario añade que la infanta Luisa Fernanda, esposa del duque, ha expresado su deseo de que se avise a su hijo el infante Antonio para que acuda a su lado.

La infanta Isabel comenta la noticia de la inesperada muerte de Montpensier con las dos reinas y con la alta servidumbre que les rodea. De forma inmediata abandonan el Teatro Real para dirigirse

en sus carruajes al hotel de la cercana calle de Ferraz a donde hace escasas fechas han trasladado su domicilio el infante Antonio y su esposa la infanta Eulalia de Borbón, la hija menor de Isabel II. La improvisada visita a una hora tan poco habitual sorprende a Eulalia. La reina Isabel procura tranquilizar a su hija y con la precaución que su avanzado estado de gestación reclamaba, le participa el fallecimiento de su suegro. Visiblemente impresionada, la infanta recibe el consuelo de su hermana Isabel y de María Cristina quienes conocen el profundo y sincero afecto que Eulalia profesaba a Montpensier. Al encontrarse el marido de Eulalia ausente como tiene por costumbre, se ordena a la servidumbre que trate de encontrarlo por los teatros de Madrid. Localizado en un palco del Teatro Circo Price donde asiste a la representación de la zarzuela *Los diamantes de la corona*, el infante Antonio, informado del repentino fallecimiento de su padre, regresa presuroso al domicilio familiar.

Práxedes Mateo Sagasta, quien ha conocido la noticia de la muerte de Montpensier por un telegrama enviado por el gobernador civil de Cádiz, también acude al hotelito de los Orleans-Borbón para expresar el pésame del Gobierno a los infantes. En un aparte, el presidente del Consejo de Ministros expone a María Cristina su opinión acerca del funeral que debe hacerse al duque fallecido. Ambos acuerdan que le serán tributados los honores de capitán general muerto con mando en plaza y así se informa al ministro de la Guerra para que tome las medidas oportunas. Con el conocimiento de esta primera decisión oficial el infante Antonio parte para Sanlúcar en un tren especial que sale de la estación de Mediodía a la una de la madrugada. En la mañana del siguiente día, Sagasta y la reina regente dispondrán que el cadáver de Montpensier sea trasladado a Madrid para ser inhumado en El Escorial como corresponde a su dignidad de Infante de España.

Tres días más tarde el féretro con el cadáver del duque de Montpensier será confiado a la comunidad agustina del real monasterio. En el Panteón de Infantes, junto a las sepulturas de sus hijas Amalia y Cristina descansarán los restos de aquel hombre a cuya desmedida ambición de reinar, que nunca pudo ver satisfecha, había dedicado su vida y su inmensa fortuna.